

## CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

<i>El dolor</i>	<b>3</b>	
<i>Xavier Tilliette</i>	<b>5</b>	<b>Sentido y falta de sentido del dolor</b>
<i>Gerardo Söding</i>	<b>13</b>	<b>Jesús y los enfermos</b>
<i>Mons. Juan C. Maccarone</i>	<b>29</b>	<b>Fin del milenio: el sufrimiento. Advertencia y reclamo en Juan Pablo II</b>
<i>Alberto Espezel</i>	<b>39</b>	<b>Filiación y expiación</b>
<i>Marie-France Begué</i>	<b>51</b>	<b>Dolor y perdón: aportes para una poética del perdón</b>
<i>Carlos Velasco Suárez</i>	<b>58</b>	<b>Vacío y drogadicción</b>
<i>Gustavo G. De Simone</i>	<b>69</b>	<b>Reflexiones a partir de un equipo de cuidados paliativos</b>
<i>Luis Baliña</i>	<b>75</b>	<b>Acompañando a nuestros padres que envejecen</b>
<i>Olegario González de Cardedal</i>	<b>79</b>	<b>Soledad, esperanza, oración</b>

# **Dolor y Perdón: Aportes para una poética del perdón\***

*por Marie-France Begué\*\**

*“Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos...”*

Mt. 6. 12.

*“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.*

Lc. 23. 34.

Perdonar —dice el diccionario— es: “donar totalmente”, “donar a alguien su deuda”, “anular la deuda a propia pérdida del acreedor”.

Parecería que hablar del perdón estuviera a la orden del día. Por un lado, es grato imaginar que un trozo del Reino del Amor venga a echar raíces en la Tierra. Tal vez germine y dé abundantes frutos. Pero por otra parte, surge el temor de que nuestro mundo lo tome y lo manosee con su frívola voracidad, hasta dejar sólo la cáscara banal de un nombre que por el camino fue perdiendo su riqueza y gravedad. Y sin embargo, se nos pide que arriesguemos por él.

## **Un trozo del Reino**

Las primeras palabras evangélicas recién citadas parecen testimoniar de una esperanza. Pedir perdón significa primero, reconocerse culpable y miserable al punto de necesitar un regalo, un don, que nos haga recuperar la dignidad ultrajada y perdida; que nos ofrezca la posibilidad de volver de algún modo, al estado originario en que fuimos gestados dentro del seno de un

\*Agradezco a P. Ricoeur su aporte, publicado en esta revista, que en parte me ha servido de fuente de inspiración.

\*\*Licenciada en Filosofía.

amor creador. Como el niño que arriesga un pedido a sus padres, difícil de otorgar, y se apoya en la confianza que los une, en la ternura que recibe de ellos por ser hijo deseado y amado. Este amor brindado nos otorga el coraje para hacer el pedido, más allá del secreto sentimiento de no merecerlo. Y en la desmedida del don inmerecido, se juega el drama de nuestra libertad que ruega, frente a la libertad del Padre que otorga.

Todo esto podría quedar como una grata meditación espiritual y teológica, de esas que nos ayudan a entregarnos al sueño sereno de la noche.

Pero es entonces que aparece la temible inquietud, abierta por la segunda parte de la frase, la semejanza proporcional del “*como nosotros también...*”

¿Será posible que de nuestra propia pobreza dependa la medida con que se colmará una necesidad tan grande? Con todo, esta palabra tiene dos caras: por un lado, el *como* de la semejanza encierra la igualdad a nuestra medida, pero por otro, lleva también la diferencia que garantiza la posible apertura a una Sobreabundancia que nos supera.

### **Raíces en esta Tierra**

¿Cómo abrir el corazón de tal manera, que estalle de amor por los otros y englobe todas las heridas, hasta renunciar a su propio derecho de justicia? Porque parecería que el corazón con su sabiduría, tiene la capacidad de atar y desatar las vendas de nuestros sufrimientos, de ligar o liberar las deudas contraídas o acreditadas.

Nuestra conciencia se apoya sobre la memoria. Ella es la que nos asegura la experiencia de nuestra continuidad en el tiempo y, en tanto que “presente del pasado”, ella siempre de algún modo determina nuestra apertura hacia el futuro. Según como vivimos nuestro pasado, se abre nuestra ventana a lo porvenir. Ella es puente para el tránsito entre ambos y es la que nos da el *sentido de orientación* en el paso del pasado hacia el futuro con su dinamismo. En una palabra, gracias a la memoria, podemos narrar las historias que nos sirven de suelo y espera para enraizar nuestras vidas. Ellas permiten crear nuestras expectativas, a partir de las experiencias que vamos recolectando. Al narrar nuestra historia le otorgamos un sentido, una “razón de ser” a cada momento y a cada situación. Gracias

a ella, descubrimos los sabores y sinsabores, las dulzuras y las amarguras que van tejiendo nuestra sabiduría particular.

Sin embargo, la memoria es siempre selectiva y, aunque parezca lineal, la historia es siempre arborescente. Como el dibujo en la trama de un tapiz, el sentido que nosotros le otorgamos, es relativo al punto de perspectiva desde donde nos ubicamos, para contemplar nuestro paisaje de vida. Es importante tener conciencia de ello.

La selectividad de la memoria con sus estrategias de supervivencia hacen que el olvido tenga el poder de construir sus trampas. Hay cosas que se olvidan por la acción del tiempo o por la incapacidad real de ser naturalmente traídas al presente.

Pero hay otras formas de olvido, más activas, que se presentan como una huida, como un recurso para evitar el recuerdo. Suelen ser la expresión de una mala fe, ella misma motivada por una voluntad de no saber, de no querer replantear situaciones, para no averiguar acerca del mal cometido, ni tampoco de las motivaciones profundas que lo indujeron.

Cuando se trata de seres humanos, este tipo de olvido activo adquiere la carga moral que reclama una responsabilidad ante la verdad de los actos ejercidos o padecidos. Responsabilidad entendida en su globalidad —diría P. Ricoeur— como estructura social compartida, dentro de la cual cada individuo asume su propia responsabilidad singular. De la misma necesidad y búsqueda por vivir en comunidad, surge la obligación de reciprocidad para con nuestros semejantes, tanto en el orden de la acción como en el de la verdad. Esta dimensión puede tener algo de inoportuno y molesto ya que viene a remover las conciencias adormiladas por la siesta de la hipocresía.

Siempre es posible re-ver el conjunto y revisar nuestros 'archivos' personales o comunitarios. Todo depende de nuestra actitud interior. Podemos quedarnos en nuestra historia particular y unívoca, instalados en nuestros resentimientos, los que de algún modo justificarán nuestra parálisis interior. O podemos también intentar *trabajar* en ellos, pidiendo ayuda a quien la pueda otorgar, para movilizar nuestros 'duelos' y hacer que nuestras pérdidas y nuestras humillaciones no queden estancadas. Se necesita mucho coraje y esfuerzo solidario para aprender a escuchar los relatos desde diferentes voces.

Esto significa estar dispuestos a aceptar que dichos relatos narrados por los otros, sirvan tanto de "crítica curativa" para la



fecundidad de la verdad, como de “tamiz purificativo” para el elemento de soberbia y egoísmo que siempre acompaña nuestra memoria herida y humillada.

Es más, también se necesita que además de recibir de buena fe los relatos ajenos, la nueva historia entretejida con todas las historias parciales, vuelva otra vez a la vida práctica, comprometida con el mundo y testimonie de su conversión. Poder escuchar la historia narrada de otra manera quedaría como un injerto dentro del padecimiento mismo, si la savia de la vida no le vuelve a regalar su fuerza integradora para la creación de nuevas convivencias. Solo así la integridad personal de cada uno es capaz de crecer en totalidad.

Pero todo esto es posible sólo si se incorpora a la vida la dimensión de una generosidad que tenga su fundación en una “economía del don”.

### **“Perdónalos porque no *saben* lo que hacen”**

Parecería —una vez más con Ricoeur— que la primera relación con el perdón no consiste tanto en otorgarlo como en pedirlo. Es aquí que aparece con la mayor intensidad la necesidad de la mediación de Cristo, su clamor y ruego para que el horror del mal cometido —y escondido detrás de una ignorancia— sea absuelto. Es El mismo quien intercede por nosotros. Porque ningún sistema humano accede por sus propios medios al perdón entero; sino que sólo puede instalarse en la dirección de su pedido, acompañado por el temor de no ser otorgado.

¿De qué ignorancia nos habla Cristo, si no es de esta ceguera del corazón, endurecido en su propio sufrimiento y de esta irresponsabilidad ante nuestros actos, por no haber asumido a cada ‘otro’ como nuestro hermano?

Otros dos dificultades se presentan, que sólo la mediación de Cristo nos ayuda a superar.

Puede suceder que haya quienes deseen perdonar, pero como no hay reconocimiento de la falta por parte del ofensor, tampoco hay pedido de perdón y no se abre la posibilidad de un sinceramiento.

Pensamos que para esto sólo existe el sutil y discreto trabajo de la paciencia.

**“La paciencia es el amor hecho tiempo”,  
dice von Balthasar**

Aquí la paciencia toma el rostro del tiempo oportuno. Saber esperar para la toma de conciencia del otro y su voluntad de restauración. Y mientras tanto, intentar cambiar los ‘climas interiores’ que se reflejan en lo cotidiano. El trabajo de la oración es sumamente fecundo. Porque hay ciertas atmósferas que son necesarias para el perdón. Resonancias apenas perceptibles y profundamente inasibles, como perfumes, que piden la afinación de un tacto interior para palpar la temperatura del alma del otro.

Nuevamente nos viene el ejemplo de Cristo. Como “no sabían lo que hacían”, nadie tuvo la ocurrencia peregrina de pedir perdón. Es el Amor desmedido de Cristo, que extrae desde el abismo, la fuerza para hacerlo. Sin imponer nada a nadie. Como si esperara el tiempo para que amanezca en cada uno la Nueva Sabiduría. Esa Nueva Sabiduría del Don que de algún modo integra la paradoja de la justicia y la misericordia. Corazón que se inclina agradecido por los dones otorgados. Regalo del perdón, hecho “presente” que nos permite una nueva relación con el tiempo ahora marcado por la esperanza.

La segunda dificultad, que a menudo se confunde con un impedimento para el perdón, en realidad se mueve dentro de la fragilidad propia de la misma estructura humana, antes que en la generosidad del don.

Se trata del miedo; del miedo que brota de la experiencia misma de la vulnerabilidad respecto del mal padecido. El miedo a no ser, a ser aniquilado, que siempre acompaña el padecimiento de un daño, por la experiencia que nos trae de nuestra propia indigencia. Porque somos *capaces de padecer* es que el daño puede ser ejercido y en ello experimentamos nuestra vulnerabilidad. Víctima y victimario están unidos por la misma miseria. Esto es lo que dicho sufrimiento enseña. Se trata del *límite* que tocamos, cuando descubrimos que para ser nosotros mismos necesitamos de los otros. Esos otros entonces adquieren un poder muy grande, tanto para el bien como para el mal.

Pero esta experiencia y este sentimiento de debilidad también pueden abrir camino hacia dos tipos de actitudes: la actitud de cobardía, que incluso puede disimularse detrás de la temeridad o de la caridad mal entendida —como la que encubre

la incapacidad de decir ‘no’ ante lo intolerable— o la actitud positiva de una sana *phrónesis* o prudencia, hija de este choque con los límites de nuestra propia capacidad de resistir. Pero sólo “hija”, es decir, que se ejerza sólo a partir del momento en que se experimentó el límite. Los santos no se “curan en salud”, sino que aplican el remedio apropiado a cada dolencia, en su momento oportuno, después de haberlo padecido. Sólo así se puede conocer y aprender verdaderamente de las heridas. Ser capaz de padecerlas y ser capaz de transformar las puertas cerradas en corredores de esperanza, puede ser una base para la gran aventura de la santidad.

### **El perdón**

Todo esto nos obliga a cercar nuestro problema con suma delicadeza y respeto.

Por un lado el perdón se encuentra en el polo opuesto del olvido activo y sospechoso. Es más, igual que con la historia, él necesita que se acreciente el trabajo de recordar, dentro de una auténtica vocación por la verdad. Pedir perdón y perdonar exigen asumir a fondo, primero, el sufrimiento infringido, para luego darle un nuevo sentido. Porque lo que se perdona no es tanto el acto juzgado malo y condenado, sino el dolor que por ese acto se ha padecido. La capacidad del perdón es proporcional a la aceptación del sufrimiento, de ahí que sea tan delicado y personal. Ella necesita su tiempo de preparación, de crecimiento interior para la magnanimidad que exige el poder abarcar conjuntamente el mal y el bien, a fin de que el primero sea transmutado en el segundo, dentro de nosotros mismos.

Pero por otra parte, el perdón también tiene un elemento de olvido activo y de anulación. Este olvido, no cae sobre los acontecimientos ni sobre sus huellas —que como vimos deben ser cuidadosamente resguardadas— sino sobre la *deuda* y el *resentimiento*, cuya carga nos mantiene estancados, incapaces de proyectarnos hacia el futuro de manera creativa. No se trata entonces de borrar la acción criminal, sino su *sentido* y su *lugar* dentro del vaivén de nuestra memoria cordial. De ahí que, una vez otorgado, el perdón nos abre al mundo y a los otros con una nueva amplitud.

Ciertamente la finalidad primera es la restauración profunda de lo destruido. Re-conciliar es volver a poner en armonía

lo dividido, roto y confuso. Pero esta restauración no debe tener la pretensión de involucionar hacia el estado anterior a la ruptura, llámese idilio, paraíso, “primera ingenuidad” o como sea. Ella exige la *creación* de un nuevo orden, donde las partes que han madurado, busquen ahora construir modalidades que integren mejor las diferencias. Después de perdonar, el desafío está en promover de tal manera nuestra apertura al otro, que habiendo sido nuestro adversario, pueda ser considerado ahora, nuestro semejante o hermano.